

¿El fin de los partidos políticos?¹

—» JUAN PABLO LUNA

Uruguayo. Doctor en Ciencia Política. Profesor titular del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigador principal del Núcleo Milenio (RS130002) y del Proyecto FONDECYT (#1150324).

1 Este artículo se basa en la adaptación de argumentos previamente presentados en la serie «Crisis del sistema político», publicado por CIPER <ciperchile.cl> y editado por Juan Andrés Guzmán, así como en un conjunto de argumentos discutidos en el evento de presentación del número anterior de *Diálogo Político* (Montevideo, noviembre de 2016). Agradezco el apoyo de los proyectos RS#130002 y FONDECYT #1150324, los que financiaron la investigación en que se basan varios de los argumentos que aquí se presentan.

Introducción

Los científicos políticos repetimos como mantra que los partidos políticos son necesarios para la democracia. Tome cualquier texto sobre partidos y probablemente encontrará alguna referencia a la siguiente frase del libro *Party Government* publicado en 1942 por E. E. Schattschneider: «Los partidos políticos crearon la democracia y la democracia moderna es impensable sin partidos políticos». En dicho texto, el autor también señala que los partidos no pueden ser pensados meramente como la coalición electoral que votó por un candidato determinado: «El Partido Demócrata no es la asociación de 27 millones de votantes

que en noviembre de 1940 votaron por el Sr. Roosevelt», puntualiza. Para Schattschneider y la mayor parte de los autores de ciencia política, los partidos son más que una coalición ocasional de candidatos a cargos públicos.²

Reconozcamos entonces que la democracia representativa, en ausencia de partidos programáticos y relativamente estables, funciona mal. El problema es que *querer no es poder*. Armados con aquel dogma, los científicos políticos hemos analizado Latinoamérica esperando que los países que no contaban con sistemas de partidos institucionalizados los desarrollaran. Al mismo tiempo, hemos subrayado y ensalzado la estabilidad y la estructuración del sistema de partidos chileno, el cual se convirtió en un modelo para la región,³ en ocasiones junto a los de Costa Rica y de Uruguay. Los más intrépidos —por ejemplo, varios organismos multilaterales y agencias de cooperación internacional— estimularon la introducción de reformas electorales buscando reproducir modelos como el chileno en países con sistemas «más problemáticos». Y es que, en comparación con lo que ha pasado en otros casos, Chile aún les parece a muchos el paraíso de la institucionalización, la seriedad y la buena política pública. Aquí argumentaré que esta visión se basa en un sesgo fundamental. Lo que no quisimos ver es que Chile (y también Cos-

ta Rica y Uruguay) se parecían más al pasado que al futuro.⁴ En este sentido, los jóvenes de hoy vivirán en sistemas políticos en que los partidos, como los entendemos hoy, serán una especie en extinción. De ellos depende innovar para buscar formatos de organización política que logren reconstituir la representación política y la legitimidad de la institucionalidad democrática.

❖ Los jóvenes de hoy vivirán en sistemas políticos en que los partidos, como los entendemos hoy, serán una especie en extinción. De ellos depende innovar para buscar formatos de organización política que logren reconstituir la representación política y la legitimidad de la institucionalidad democrática ❖

El resto de este artículo se estructura en torno a cuatro secciones. La primera argumenta que el caso de Perú constituye un buen heurístico para pensar el futuro de los partidos políticos en la región. La segunda identifica una serie de factores que complican la tarea de quienes buscan crear y sostener partidos políticos programáticos e

2 J. Schumpeter, con su visión de los partidos políticos como meros estructuradores de la oferta electoral, es tal vez la voz disidente más potente en este sentido.

3 Como síntesis de esta corriente véase BID (2006).

4 No obstante véanse, por una visión discrepante: Luna (2016), Luna y Mardones (2010), Luna y Rosenblatt (2012).

institucionalizados. La tercera sección pone en relación las dinámicas emergentes con el déficit de legitimidad que hoy enfrentan los sistemas de representación democrática en la región y, crecientemente, en el mundo. Allí se argumenta que los sistemas políticos de la región enfrentan el enorme desafío de intentar generar legitimidad, lo que necesariamente supone la capacidad de sincronizar los tiempos políticos y de la política (si se quiere, los tiempos objetivos), con las necesidades subjetivas de los ciudadanos. Al igual que el resto del artículo, la última sección tiene un tono pesimista. Allí concluyo argumentando que no hay soluciones fáciles (i. e. ajustes de los incentivos que estructuran las reglas de juego institucionales) a la crisis que hoy enfrenta la representación política.

Perú como heurístico de un futuro *sin partidos*

Perú es tal vez el caso que ilustra mejor el fracaso de la ciencia política en dar cuenta de esta realidad. Desde la transición a la democracia (pos-Fujimori) en los años dos mil, los expertos en el sistema político peruano se han quejado de la ausencia de partidos y, como resultado de eso, del mediocre funcionamiento de la democracia (Levitsky y Cameron, 2003, pp. 1-33). Pese a ese reclamo, el Perú actual es un caso que ilustra que la democracia sí puede funcionar por muchos años sin generar partidos políticos que sean más que una coalición ocasional de liderazgos individuales (Zavaleta, 2005). Incluso

muestra que no hay incompatibilidades graves entre una democracia sin partidos y la capacidad de crecer económicamente y manejar con relativa eficiencia las finanzas estatales.⁵

Perú también ilustra, como argumentaré más abajo, que el vacío de poder que genera la atomización del sistema de partidos no necesariamente conduce a la aparición de liderazgos populistas, como ha sucedido en los casos más resonantes en la región. Pero también sabemos que las democracias sin partido no están exentas de problemas institucionales serios. Solo a modo de ejemplo identifiquemos tres que prevalecen en el Perú actual. Primero, *las elecciones se definen usualmente a último minuto, sobre la base del éxito relativo de los candidatos en las encuestas preelectorales*. Ese éxito, y el fracaso de los que van quedando en el camino, define alianzas y apoyos coyunturales que terminan en movimientos electorales (muchas veces motivados por sentimientos negativos o *anti*) que definen la elección.⁶

En este marco, los recursos con que cuenta cada candidato para marcar en las encuestas son clave. A modo de ejemplo, César Acuña, un político con fuerte base electoral en el norte del país (donde es dueño de tres universidades que le han dado renombre y una base social a movilizar en la zona), logró hacer sombra en la pasada campaña

5 Sobre la gestión del Estado en Perú y la fuerte inserción tecnocrática en este ámbito véase Dargent (2014).

6 Sobre este punto véanse los trabajos de Paula Muñoz y Carlos Meléndez.



Jóvenes fiscalizan el acto electoral en Lima, Perú, en 2016
Foto: Manfred Steffen

electoral a la mayoría de los candidatos que en ese entonces pujaban por convertirse en *la* alternativa a Keiko Fujimori. Antes de la elección, Acuña fue dudosamente inhabilitado por el Jurado Nacional Electoral, lo que abrió campo a dos candidaturas radicalmente opuestas en su plataforma programática: las de Pedro Pablo Kuczynski y Verónica Mendoza. Lo único que compartían las candidaturas de Kuczynski, Mendoza y Acuña era su capacidad de convertirse en la alternativa viable a la de Keiko Fujimori, heredera del único aparato con semblanza de partido político existente en el país (Meléndez, s/f).

La elección se definió por pocas décimas en un *sprint* final con definición fotográfica. En un año negro para las encuestadoras en todo el mundo, las de Perú no se han equivocado, tal vez porque aprendieron a trabajar en un contexto en que los partidos, como los conocíamos, ya no existen. Es interesante notar que los presidentes que resultan electos apoyados por movimientos coyunturales (algunos comenzaron con encuestas que les daban un

dígito y terminaron convirtiéndose en *el mal menor* para una mayoría coyuntural en la segunda vuelta) tienen más dificultades para gobernar que para ser elegidos. *Comienzan siendo muy populares, se desgastan muy rápidamente, alcanzan niveles de popularidad muy bajos y, finalmente, en los últimos meses de gobierno tienen un alza leve.*

Segundo, *el Congreso Nacional presenta tasas de rotación comparativamente altas.* En la última elección, 54% de los congresistas intentaron la reelección y solo 24% la lograron. Aunque ciertos niveles de renovación son bienvenidos, una alta rotación complica mucho la calidad de la gestión legislativa. Esto se agrava porque las bancadas partidarias simplemente se dividen y fragmentan a poco de andar el período de gobierno. Los *camisetazos* (cuando un congresista electo por un partido se cambia de bancada) se han vuelto muy difíciles de cuantificar en el caso peruano.

Frente a esta inestabilidad de las bancadas partidarias, algunos analistas peruanos argumentan que se han conformado sólidas bancadas —políticamente

transversales— cuyo denominador común es representar los intereses de quienes financian sus campañas. El dinero que alimenta a estas bancadas no viene solo de empresas legales, sino de financistas vinculados a economías ilegales. A modo de ejemplo, Ricardo Soberón, exdirector de Devida (la organización estatal a cargo de la represión del tráfico y el consumo de droga en el Perú), me dijo en una entrevista que en la última legislatura peruana la *narcobancada* (formada por unos diez legisladores de distintos partidos, financiados por dineros ligados al narco) mostró niveles de cohesión interna al votar temas relativos a la regulación y represión de dicha actividad que cualquier partido envidiaría.⁷

Tercero, *el sistema de partidos peruano también registra niveles extremos de desnacionalización*. Se entiende por desnacionalización una situación en que los partidos nacionales dejan de controlar la política subnacional y son reemplazados por referentes y partidos locales, con lo que pierden el control central sobre el territorio y las instituciones. De alguna manera esto es natural, dada la debilidad de los partidos políticos y la introducción de reformas descentralizadoras. Como resultado, de los 25 presidentes regionales elegidos en la última elección de 2014, solo cinco responden a «partidos» nacionales. El resto representa a movimientos independientes (muchos de ellos personalistas) o colectivos regionales.

7 Entrevista personal con Ricardo Soberón, marzo de 2015. Realizada en conjunto con Andreas Feldmann en la ciudad de Lima.

En el nivel municipal y distrital (alcaldes provinciales y alcaldes distritales), la presencia de representantes de partidos nacionales también es sumamente escasa. En este contexto, se han dado dos fenómenos complementarios que vale la pena mencionar aquí. Junto con las reformas descentralizadoras, se introdujo en Perú el mecanismo de revocatoria de mandato. De acuerdo con un estudio de la politóloga Yanina Welp (2013), entre 1993 y agosto de 2013 más de 5000 autoridades regionales y municipales fueron sometidas a revocatoria de mandato en Perú, y más de 1700 fueron revocadas por el voto popular.

En definitiva, a escala local Perú ha registrado la desaparición de los partidos políticos tradicionales, la emergencia de liderazgos personalistas y de movimientos regionalistas que en varios casos no son más que un vehículo para liderazgos individuales, y una situación de inestabilidad y vacío de poder a causa de la epidemia de revocatorias. Alternativamente, ese vacío de poder fue llenado por liderazgos locales autoritarios, sin que el Estado central pudiese poner coto rápidamente a la situación. En este contexto, los partidos nacionales no tienen miras de reconstituirse en las arenas regional y local.

Mientras tanto, la agenda cotidiana está pautada por la irrupción permanente de conflictos sociales y políticos particulares, los que nunca logran vertebrarse en movimientos capaces de impulsar reformas de fondo y más allá de un plano local o funcional muy restringido. Eso, hasta que una nueva campaña electoral irrumpe en la agen-

da y un sinnúmero de posibles candidatos comienza a competir para llegar a números de dos dígitos en las preferencias del elector.

¿Por qué hoy es tan difícil crear y sostener partidos políticos?

La institucionalidad democrática, al igual que la legitimidad, se estructura fuertemente sobre la base del tiempo. Examinemos, por ejemplo, las elecciones presidenciales. Si seguimos la conceptualización del politólogo Juan Linz (1998, pp. 19-37), las elecciones generan mandatos y, en un régimen presidencialista, los elegidos (idealmente con base en un programa de gobierno) tendrán cuatro o cinco años para realizar dicho mandato o persuadirnos de las dificultades que les impidieron cumplirlo, antes de tener que someterse nuevamente a evaluación en las urnas. En este nuevo ciclo electoral, la ciudadanía evaluará al gobierno y decidirá darle continuidad u optar por la alternancia.

Esta concepción de la *rendición de cuentas* está en la base de la institucionalidad de la democracia liberal y, sin embargo, se ha vuelto increíblemente anacrónica. Los problemas que ha enfrentado España para formar gobierno durante el 2016 demuestran que el parlamentarismo como una solución alternativa probablemente también se ha quedado corto. ¿Qué ha sucedido?

Una explicación plausible es que *los tiempos sociales y políticos se han comprimido brutalmente*. Las lunas de miel de los nuevos gobiernos proba-

blemente sean hoy más breves y más frágiles que en el pasado. Cualquier escándalo que se viralice en las redes sociales alcanza para acortar el período de gobierno que la ciencia política reconocía como clave para asentar a un gobierno y avanzar en su programa. Las redes sociales y la irrupción de lo que Bauman (2013) popularizó como la *modernidad líquida* tienen sin duda un impacto significativo en la comprensión temporal. A modo de ejemplo, mientras usted lee este párrafo se han publicado solo en Twitter 30.000 comentarios, varios de los cuales tienen contenido político.⁸ Dada la penetración de las redes sociales en la vida de los jóvenes contemporáneos, es dable esperar que la *liquidez* de la política y los fenómenos que a ella se asocian aumenten con el paso del tiempo. A través de su accionar en las redes sociales, los jóvenes de hoy pueden ser muy políticos, pero, al mismo tiempo, pueden ser *políticos* sin involucrarse en organizaciones políticas tradicionales.

«Cualquier escándalo que se viralice en las redes sociales alcanza para acortar el período de gobierno que la ciencia política reconocía como clave para asentar a un gobierno y avanzar en su programa»

8 Me baso en estimaciones provistas por Ernesto Calvo (2015).

Otros procesos sociales son también claves para entender los contornos actuales de la política. La irrupción de las encuestas y la medición permanente de la popularidad de actores y propuestas también comprime el tiempo. En la política del pasado, los líderes buscaban implementar su programa y trabajaban con un elenco de su confianza. Si bien recibían señales mediante la penetración social que poseían sus aparatos partidarios desplegados en el territorio, dichas señales llegaban con filtros, con sesgos, y eran en todo caso menos nítidas que el porcentaje de aprobación obtenido en la medición semanal. Tal como en la industria televisiva, en la que se pasó del *rating* mensual al *people meter* por segundo y donde los productores deben hoy maximizar los picos de audiencia improvisando al minuto, los políticos deben *marcar* bien en las encuestas y sostener su popularidad con frecuencia semanal. Entonces, no cuesta mucho imaginarse al otrora *segundo piso* racional y cerebral en una continua crisis ansiosa.

Si la compresión temporal es relevante, también lo es la segmentación territorial y socioeconómica del electorado. Dada la fuerte desigualdad económica que predomina en América Latina, los ciudadanos de distinto nivel social viven en universos paralelos. Eso permite a los partidos desplegar estrategias electorales diferentes y a veces contradictorias en los distintos sectores sociales y, al mismo tiempo, lograr ser competitivos en todos (Luna, 2014). En otras palabras, los partidos políticos son capaces de implementar estrategias altamente segmentadas con



La agenda social desafía a los partidos políticos. Manifestación en Montevideo contra la violencia de género
Foto: Manfred Steffen

el objetivo de movilizar electoralmente a distintas bases sociales, particularmente en contextos de alta desigualdad social. Aun en sociedades menos desiguales, la llegada del *big data* a las campañas electorales ha abierto, más recientemente, múltiples oportunidades adicionales para la segmentación y microsegmentación de públicos (Hopenhagen, 19.1.2017).

Así, un mismo partido puede proveer bienes públicos en un distrito, deteriorarlos en otro distrito y ser electoralmente competitivo en ambos, si logra llegar al electorado mediante distintas estrategias de campaña que funcionan bien en cada contexto particular. Si la sociedad se encuentra fragmentada (con muy poca comunicación entre las distintas clases sociales y ámbitos territoriales) y los partidos logran simultáneamente segmentar y armonizar sus estrategias electorales, ni la prensa ni los votantes se darán cuenta de que los partidos llevan discursos distintos y a veces contradictorios a los

diferentes públicos. En contextos de alta desigualdad y segregación social, esto último es posible incluso si los distritos son colindantes y están separados solo por unos pocos kilómetros. En muchos casos, el orden institucional refuerza la segmentación socioeconómica y territorial de la población. Por ejemplo, el hecho de que haya distritos marcadamente de pobres y otros marcadamente de sectores altos facilita a los partidos el uso de distintos discursos y estrategias.

La aguda segmentación que hoy exhiben las campañas electorales da cuenta de la desaparición casi completa de lo que alguna vez caracterizó a los partidos: una plataforma programática, una identidad partidaria, un mensaje claro hacia los votantes. Las personas se pueden preguntar hoy en qué cree un partido que, por ejemplo, le habla a la elite de la urgencia de flexibilizar el trabajo, pero que en los distritos populares, donde viven las personas cuyo trabajo será flexibilizado, compite en función de otras temáticas y estrategias de campaña, sin hablar de la flexibilización laboral.

Algo crucial, sin embargo, desaparece en medio de esta oferta concreta y segmentada. La construcción de partidos programáticos, capaces de articular plataformas y liderazgos que logren forjar coaliciones sociales amplias (más allá de regiones, circunscripciones, distritos y municipalidades particulares), es fundamental para superar los desafíos de la representación política en contextos de alta desigualdad. Los partidos políticos programáticos también han proveído, históricamente, de

canales para la captación, formación y promoción de juventudes políticas. Sin ellos es difícil pensar en la capacidad de los jóvenes de insertarse con éxito en la vida política institucional.

Un tercer factor, el ascenso de los ciudadanos monotemáticos, constituye también un rasgo predominante en la actualidad (Luna y Vergara, 2016). En los años ochenta y noventa, los analistas europeos manifestaban preocupación por el ascenso de los partidos de un solo asunto (los partidos verdes eran el caso más claro en ese contexto). Los viejos y estructurados sistemas de partidos europeos se veían desafiados por la emergencia de partidos muy radicales (intensos), pero preocupados por una agenda muy restringida (en el caso de los verdes, la política medioambiental). Actualmente, los intensos se han atomizado aún más: ya ni siquiera construyen partidos de un solo asunto. Se organizan cada vez más en red. Si bien logran superar la segmentación y los problemas de acción colectiva que crean los universos paralelos (gente muy diversa converge en torno a agendas específicas pero comunes, y se organiza de forma virtual o eventual), son radicales de una sola causa.

« Si la política es el ámbito de la negociación de diferencias y la búsqueda de mínimos comunes denominadores, los ciudadanos monotemáticos son en esencia antipolíticos »

En función de esta configuración de sus preferencias, los ciudadanos monotemáticos, desde la superioridad moral que genera toda preferencia absoluta, someten a juicio al gobierno, a los actores políticos y a sus pares en las redes sociales. Dichos juicios son generalmente negativos, porque por definición no pueden ser otra cosa. Aun cuando puedan celebrar una declaración o decisión de política pública, seguramente otras muchas los alienarán y disgustarán. Si la política es el ámbito de la negociación de diferencias y la búsqueda de mínimos comunes denominadores, los ciudadanos monotemáticos son en esencia antipolíticos. Algunos líderes logran canalizar la energía que aporta esta radicalidad y movilizan electoralmente a los monotemáticos. No obstante, una vez ganada la elección, cuando se trata de gobernar, se vuelven el blanco perfecto de sus electores ocasionales (y de tantos otros conglomerados de monotemáticos) y descubren lo endeble de su zurcido electoral.

¿Hacia un déficit permanente de legitimidad?

Pensando las transiciones latinoamericanas y su problemática, Lechner (1989) escribió a mediados de los ochenta que la legitimidad era una *cuestión de tiempo*. Afirmaba que construir un orden legítimo dependía de que los líderes tuvieran la capacidad de utilizar la confianza ciudadana para sincronizar los tiempos objetivos de la política (donde todo es más lento) con los tiempos subjetivos de la sociedad. Así, pensaba Lechner, los lí-

deres conseguían legitimidad (y tiempo para hacer su trabajo) cuando persuadían a la sociedad sobre la necesidad de postergar sus expectativas en lo inmediato, en pos de la construcción de un proyecto más satisfactorio (de difícil aunque plausible construcción) en el futuro.

Nobleza obliga. Ser político —tradicional o emergente— se ha tornado una pesadilla. El juego democrático, que contó siempre con la legitimidad procedimental de su lado (en parte por el recuerdo de un pasado autoritario que las nuevas generaciones no poseen), no puede hoy sincronizar los tiempos políticos y los tiempos sociales. La compresión temporal, la segmentación y consolidación de universos sociales paralelos y el ascenso de los ciudadanos monotemáticos hace virtualmente imposible crear plataformas programáticas y candidaturas que logren *comprar tiempo* en función de un futuro consensualmente deseado y plausible.

¿Cómo hacer para representar tal diversidad de preferencias sobre la base de un programa común? ¿Cómo crear plataformas programáticas medianamente coherentes e integradas? Aunque sin esas plataformas se pueden ganar elecciones a escala local y armar una bancada parlamentaria que constituye la *suma de las partes* a escala nacional, resulta muy difícil generar coaliciones políticas que sean más que eso. Y sin esas coaliciones, gobernar el todo se torna básicamente una fuga hacia adelante en la que es necesario, constantemente, apagar incendios locales o actuar sobre temas y problemáticas puntuales para lograr sobrevivir a una medición de popularidad más.

Desde hace unos años los comentaristas políticos de la región acusan la falta de *relato* en las campañas electorales. Los discursos son, en cambio, una colección amorfa de anuncios segmentados que interesan a públicos específicos. Son también un conjunto de declaraciones políticamente correctas que intentan satisfacer el hambre de algunos votantes sin, ojalá, alienar a otros. En la sociedad actual, en que la legitimidad es la nueva utopía (así de inalcanzable se ha vuelto), los discursos de campaña no podrían ser otra cosa. Lo que sí debe quedar claro es que en este contexto social es cada vez más difícil construir partidos políticos que, mediando entre el Estado y la sociedad, logren sincronizar los tiempos y producir legitimidad.

¿Se puede hacer algo?

La introducción de reformas institucionales y las reglas de juego es usualmente vista por analistas y actores políticos como una forma de *alineación* para generar un cambio en las dinámicas negativas que se observan en un sistema político. Sin embargo, es necesario examinar esta expectativa a la luz de los datos empíricos que tenemos sobre los partidos y su evolución histórica. La evidencia de que disponemos en la ciencia política muestra claramente dos cosas.

Primero, América Latina se ha caracterizado en las últimas décadas por la creación y rápida desaparición de partidos políticos. Según una estimación muy antigua de Coppedge (1998),

«Las organizaciones partidarias potentes y omnipresentes que muchos añoran también se desarrollaron al amparo de una gestión estatal que hoy calificaríamos de corrupta y económicamente insostenible»

hacia fines de los años noventa un 95 % de los partidos latinoamericanos habían competido en una elección para luego desaparecer. De acuerdo con la estimación más reciente de Thomas Mustillo (2009), desde la última transición a la democracia registrada en cada país hasta 2005, Bolivia había visto la irrupción de 37 nuevos partidos, Chile de 20, Ecuador de 93 y Venezuela de 797 organizaciones partidarias (se considera a 1958 como año de transición en este caso, mientras que en los restantes la transición se produjo en los años 1985, 1989 y 1979 respectivamente). De dichas organizaciones, muy pocas sobrevivieron a la primera elección y menos aún lograron alcanzar representación parlamentaria. En el mismo sentido, un libro recientemente editado por académicos de la Universidad de Harvard también señala que son escasísimos los casos de partidos nuevos que logran permanecer e institucionalizarse en las democracias latinoamericanas contemporáneas (Levitsky et al., 2016).

Segundo, dos tesis doctorales recientemente defendidas sugieren que *los partidos tradicionales están en extinción en la región* y que las condiciones

para el surgimiento de un partido político, y su supervivencia como una organización dinámica y perdurable, tiene muy poco que ver con incentivos institucionales (Wills, 2016; Rosenblatt, 2014). Es decir, el desarrollo de los partidos no se relaciona tanto con las reglas a las que estos son sometidos —aunque dichas reglas son muy relevantes también—, sino con procesos de organización internos que están ligados a su origen histórico. Este último trabajo señala claramente que *los partidos que hasta hace poco eran organizaciones institucionalizadas y vibrantes provenían, sin excepciones, de un pasado en que primaban fuertes niveles de polarización y violencia*. También es claro que los partidos políticos tradicionales, admirados muchas veces por sus altos niveles de institucionalización y por la fuerte identificación que generaban con el electorado, se desarrollaron en un contexto de expansión de los aparatos estatales nacionales. Los Estados grandes (y muchas veces ineficientes en términos económicos) constituían una *caja* fundamental para el financiamiento de la actividad partidaria. También permitían, en distintos niveles, montar un sistema de mediación que conectaba cada localidad con el centro político, intercambiando votos por la gestión de favores de distinta envergadura (desde un empleo vitalicio en el Estado hasta una cita con el médico o una línea telefónica).

Con los parámetros actuales, este tipo de configuración es visto como fuertemente corrupto e ineficiente. Pero también producía organizaciones partidarias vibrantes, coherentes en térmi-

nos programáticos y con fuerte arraigo social y capacidad de movilización electoral (en muchos casos clientelar). En otras palabras, los partidos que hoy queremos reconstituir se gestaron en tiempos de violencia y, usualmente, en un contexto no democrático. En esas condiciones de dificultad, en que las ambiciones individuales no tenían cabida (no había posibilidad próxima de algún éxito electoral), los *jóvenes de ayer* crearon organizaciones partidarias cuyos niveles de cohesión interna y cristalización programática luego vimos operar en el contexto de las sociedades que recuperaron la democracia. Las organizaciones partidarias potentes y omnipresentes que muchos añoran se desarrollaron también al amparo de una gestión estatal que hoy calificaríamos de corrupta y económicamente insostenible.

Para que quede claro, esta serie de afirmaciones proviene de la constatación empírica, no de cómo yo creo que deberían ser las cosas. Tampoco debe ser leída como una sugerencia de que se acepte la corrupción o la necesidad de pasar por tiempos violentos y de radicalización para que tengamos partidos fuertes. Nadie pretende volver a un pasado no democrático y en el que primaban el cohecho y la corruptela generalizada para poder reconstituir partidos políticos funcionales para la democracia. ¿Para qué nos sirve conocer aquellas regularidades empíricas entonces? Nos sirve para entender que muchas características partidarias que hoy parece deseable emular fueron gestadas y tienen su raíz en condiciones históricas que nos resultarían invivibles. En otras palabras, ni todo lo bueno va junto, ni haciendo

las cosas bien hoy generaremos necesariamente procesos virtuosos en el futuro. En definitiva, está en los jóvenes de hoy refundar la política. El desafío es lograr dicha refundación al mismo tiempo que se maximizan los ideales de representación y legitimidad democrática.

Referencias bibliográficas

- BAUMAN, Z. (2013). *Liquid modernity*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons.
- BID (2006). *La política de las políticas públicas*. Progreso económico y social en América Latina. Informe 2006. Washington D. C.: BID.
- CALVO, E. (2015). *Anatomía política de Twitter en Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- COPPEDGE, M. (1998). «The dynamic diversity of Latin American party systems». *Party Politics*, 4(4), pp. 547-568.
- DARGENT, E. (2014). *Technocracy and Democracy in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- HOPENHAYN, D. (19.1.2017). «Martin Hilbert, experto en redes digitales: “Obama y Trump usaron el Big Data para lavar cerebros”». *The Clinic online*, <http://www.theclinic.cl/2017/01/19/martin-hilbert-experto-redes-digitales-obama-trump-usaron-big-data-lavar-cerebros>.
- LECHNER, N. (1989). «El realismo político, una cuestión de tiempo». *Leviatán: Revista de hechos e ideas*, n.º 35, pp. 113-130.
- LEVITSKY, S., J. LOXTON, B. VAN DYCK y J.I. DOMÍNGUEZ (2016). *Challenges of Party-Building in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- LEVITSKY, S., y M. CAMERON (2003). «Democracy without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Peru». *Latin American Politics and Society*, 45(3), pp. 1-33.
- LINZ, J. J. (1998). «Democracy's time constraints». *International Political Science Review*, 19(1), pp. 19-37.
- LUNA, J. P. (2016). «Chile's Crisis of Representation». *Journal of Democracy*, 27(3), pp. 129-138.
- (2014). *Segmented representation: Political party strategies in unequal democracies*. OUP Oxford.
- LUNA, J. P., y R. MARDONES (2010). «Chile: are the parties over?». *Journal of Democracy*, 21(3), pp. 107-121.
- LUNA, J. P., y F. ROSENBLATT (2012). *¿Notas para una autopsia? Los partidos políticos en el Chile actual. Democracia con partidos. Informe para la reforma de los partidos políticos en Chile*. Santiago de Chile: CEP y CIEPLAN.
- LUNA, J. P., y A. VERGARA (2016). «Latin America's Problems of Success». *Journal of Democracy*, 27(3), pp. 158-165.
- MELÉNDEZ, C. (s/f). *El mal menor*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MUSTILLO, T. J. (2009). «Modeling new party performance: A conceptual and methodological approach for volatile party systems». *Political Analysis*, 17(3), pp. 311-332.
- ROSENBLATT, F. (2014). *¿How to party?* Tesis de doctorado. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Ciencia Política.
- WELP, Y. (2013). «¿Por qué Perú?». *Elecciones*, 12(13), ONPE.
- WILLS, L. (2016). *Latin American Traditional Parties, 1978-2006*. Bogotá: Uniandes.
- ZAVALETA, M. (2005). *Coaliciones de independientes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.